



Cada persona humana es única, aunque seamos centenares de millones. Dios creó el mundo para nosotros, y para que nosotros lo elevemos hasta Él, sirviéndole y amándolo

He aquí la raíz más profunda de la dignidad humana. Es una de las primeras y principales verdades reveladas por Dios: “Dios creó al hombre a su imagen, a imagen de Dios lo creó, varón y mujer los creó” (Génesis 1, 27). La persona humana no es un ente más entre todos los que integran el universo; es la “única criatura en la tierra a la que Dios ha amado por sí misma” (Conc. Vaticano II. Const. *Gaudium et spes*, n. 24), puesto que cada hombre es persona, singular e irreplicable. Sólo él es “capaz de conocer y amar a su Creador” (*Gaudium et spes*, n. 12). El amor de Dios resplandece de un modo especial en la creación del hombre. Como escribe **Santa Catalina de Siena**: “¿Qué cosa, o quien, fue el motivo de que establecieras al hombre en semejante dignidad? Ciertamente, nada que no fuera el amor inextinguible con el que contemplaste a tu criatura en ti mismo y te dejaste cautivar de amor por ella. Por amor lo creaste, por amor le diste un ser capaz de gustar tu Bien eterno” (*El Diálogo* 4, 13).

Cada persona humana no es solamente *algo*, sino *alguien*. La persona

conoce y posee su propia intimidad, dispone libremente de sus actos, puede amar y darse a las otras personas y al mismo Dios. Además, al recibir el don de la gracia ha sido llamada a una particular amistad con Dios, a quien da una respuesta propia de fe y de amor. Cada persona humana es única, aunque seamos centenares de millones. Dios creó el mundo para nosotros, y para que nosotros lo elevemos hasta Él, sirviéndole y amándole. Toda vida humana, aun la más débil, limitada o disminuida, es digna de consideración y de amor. Si Dios ama tanto a cada uno de nosotros, ¿quién soy yo para despreciar o marginar a nadie?

¿Quién es el hombre? Hay en él un profundo misterio: es capaz de todas las bajezas y de todas las grandezas. No hay dos personas iguales. Cada persona es siempre sorprendente, y nunca acabamos de conocerla por completo. He aquí una profunda razón para que sea imposible la clonación de las personas humanas. Técnicamente parece demasiado difícil e improbable. Moralmente sería una acción gravemente reprobable. Pero, además, es metafísicamente imposible, ya que la persona, cada persona, es íntimamente suya, incomunicable, irrepetible; aunque pueda haber semejanzas externas.

El Concilio Vaticano II hace una afirmación de gran alcance antropológico: “Realmente, el misterio del hombre sólo se esclarece en el misterio del Verbo Encarnado” (Const. *Gaudium et spes*, n. 22). Sólo mirando al que, además de perfecto Dios, es también perfecto hombre, podemos vislumbrar la dignidad y la grandeza de cada persona humana. La Biblia y los Padres de la Iglesia nos hablan de Jesucristo como nuevo **Adán**, cabeza de la humanidad restaurada y resurgida por la obra de la Encarnación y de la Redención. Del primer Adán recibimos la vida natural, pero de Cristo hemos sido renacidos, después del pecado, a la vida superior de los hijos de Dios.

He aquí también la más fuerte razón para la fraternidad entre todos los hombres. “Debido a la comunidad de origen, el género humano forma una unidad. Porque Dios «creó de un solo principio, todo el lenguaje humano» (*Hechos de los Apóstoles* 17, 26)” (*Catecismo de la Iglesia Católica*, n. 360). Tal como afirmaba el Papa **Pío XII**: “Maravillosa visión que nos hace contemplar el género humano en la unidad de su origen en Dios (...); en la unidad de su naturaleza, compuesta de igual modo en todos de un cuerpo material y de un alma espiritual; en la unidad de su fin inmediato y de su misión en el mundo; en la unidad de su morada: la tierra, cuyos bienes todos los hombres, por derecho natural, pueden usar para sostener y desarrollar la vida; en la unidad de su fin sobrenatural: Dios mismo a quien todos deben tender; en la unidad de los medios para alcanzar este fin; (...) en la unidad de su rescate realizado para todos por Cristo” (Enc. *Summi Pontificatus*, 3).

A su imagen

Publicado: Martes, 23 Junio 2020 01:52

Escrito por Rafael María de Balbín

La rica “variedad de las personas, las culturas y los pueblos” (Catecismo..., n. 361) requiere de una solidaria fraternidad, que no es una entelequia abstracta sino un respeto y amor verdadero por cada persona. Para que no podamos decir lo que exclamaba aquél: “Yo, a la humanidad, la amo; lo que me molesta es la gente”.

Rafael María de Balbín